
SALUS: SALUD Y SALVACIÓN EN LA CIENCIA Y EN LOS PADRES DE LA IGLESIA

*Salus: Health and salvation in science and
in the Church Fathers*

Pablo Damián Oio

Estudiante de Posgrado (Licenciatura eclesial en Teología

en la Universidad Católica de Córdoba)

hfdoio78@gmail.com; <https://orcid.org/0000-0001-8325-2948>

Recibido: 31 de enero de 2023

Aceptado: 10 de abril de 2023

DOI: <https://doi.org/10.14422/ryf.vol287.i1461.y2023.008>

RESUMEN: La experiencia de la enfermedad y del bienestar en el ser humano ha hecho surgir diferentes concepciones acerca de la salud. Con el uso del mismo término *salus*, se percibe la relación entre la salud humana y la salvación obrada por Cristo. Por estas razones, en este texto se hace una revisión de los aspectos que, en el ámbito científico, se destacaron acerca de la salud y la enfermedad definiendo, además, a la salud desde la psicología. Luego, se presentan textos bíblicos que nos hablan de la sanación obrada por Dios en los seres humanos. Finalmente, se expone la riqueza de las reflexiones de los Padres de la Iglesia sobre la salud y la enfermedad, la terapia, la curación y la salvación. De este modo, se puede descubrir la relación y la unidad entre los conceptos modernos de la salud y la salvación realizada por Cristo Médico en cada persona.

PALABRAS CLAVE: salud, enfermedad, salvación, ciencia, psicología, Padres de la Iglesia.

ABSTRACT: *The experience of illness and well-being in the human being has given rise to different conceptions about health. With the use of the same term salus, the relationship between the health and the salvation worked by Christ is perceived. For these reasons, in this text, a review of the aspects that, in the scientific field, were highlighted about health and illness is made, also defining health from psychology. Then, biblical texts that speak to us of the healing worked by God in human beings are presented. Finally, the richness of the reflections of the Church Fathers on health and illness, therapy, healing, and salvation is exposed. In this way, the relationship and unity between modern concepts of health and salvation realized by Christ in each person can be discovered.*

KEYWORDS: *health, illness, salvation, science, psychology, Church Fathers.*

1. INTRODUCCIÓN

Para iniciar podemos recordar lo que expresaba el Papa Francisco (2016) en un discurso a una representación de médicos españoles y latinoamericanos:

“La salud es uno de los dones más preciados y deseados por todos. En la tradición bíblica siempre se ha puesto de manifiesto la cercanía entre salvación y la salud, así como sus mutuas y numerosas implicaciones. Me gusta recordar ese título con el que los Padres de la Iglesia solían denominar a Cristo y a su obra de salvación: *Christus medicus*, Cristo médico. Él es el Buen Pastor que cuida a la oveja herida y conforta a la enferma (cf. Ez 34,16); Él es el Buen Samaritano que no pasa de largo ante la persona malherida al borde del camino, sino que, movido por la compasión, la cura y la atiende (cf. Lc 10,33-34). La tradición médica cristiana siempre se ha inspirado en la parábola del Buen Samaritano. Es un identificarse con el amor del Hijo de Dios, que ‘pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos’” (Hch 10,38).

Las palabras del Santo Padre sirven, de algún modo, como apertura y resumen de los temas que serán desarrollados en este artículo. En primer lugar, haremos un recorrido histórico mostrando las diferentes concepciones de la salud y la enfermedad.

A continuación, se presentarán las raíces bíblicas de la salud, considerando la relación cercana —que ha recordado el Papa— entre la salud y la salvación.

La salvación y la salud realizadas por Cristo se ponen de manifiesto en los escritos del Nuevo Testamento y en la reflexión de los Padres quienes, desde distintas perspectivas, ofrecen aportes sobre la salud, la enfermedad y la terapéutica para que los hombres recuperen la salud y puedan gozar del bienestar y la felicidad.

Por esto, sin pretender abarcar todo el pensamiento de los Padres de la Iglesia acerca de la salud, la enfermedad y la salvación, en el cuarto punto de este artículo intentaremos mostrar una visión general de estos temas. Recordando pensamientos de algunos de los Padres, descubriremos la riqueza de sus contribuciones, relacionando así las concepciones científicas de la salud con la concepción de los Padres, quienes —considerando el misterio de salvación de Cristo— atienden a la salud y la salvación del mismo ser humano.

Y en el punto cinco de este trabajo haremos referencia a la terapia y la curación de las enfermedades según las ideas de los Padres. No será nuestra intención hacer allí un análisis detallado de la terapéutica que corresponde a

cada enfermedad en particular, sino más bien mostrar el movimiento que se da desde la enfermedad a la curación, movimiento de conversión y sanación de la persona que es realizada por la obra salvífica de Cristo.

2. EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL CONCEPTO DE SALUD

A lo largo de la historia la salud se ha conceptualizado de diferentes maneras, pues son diversos los contextos de uso del término, son variados los presupuestos básicos y también los ideales de salud que en cada época se destacan. Considerando los ideales de salud que presuponen las distintas definiciones, Gavidia y Talavera (2012) señalan cuatro tipos de concepciones acerca de la salud: a) las que se refieren a lo estrictamente corporal, siendo esta visión la más tradicional en la historia, donde la salud es el bienestar físico; b) las que incluyen los factores psíquicos: el bienestar psicológico y el comportamiento adecuado son parte de la salud; c) las que consideran también los aspectos sociales, es decir, la capacidad de una buena vida social, el buen desempeño de un rol social determinado; d) las ideales y utópicas, que tienen en cuenta las ideas sobre la felicidad y la calidad integral de la vida, incluyen los deseos, las aspiraciones humanas y las necesidades espirituales.

Los mismos autores, Gavidia y Talavera (2012), analizan detalladamente cómo las ideas de salud y de enfermedad fueron modificándose con el tiempo. En primer lugar, la concepción física de la salud, considera simplemente a ésta como la ausencia de enfermedad, la salud es lo más próximo a un estado de normalidad, que puede alterarse por una situación de enfermedad; salud-enfermedad son un binomio, conceptos opuestos y con distintos niveles.

En el siglo xx, sobre todo a partir de los aportes del psicoanálisis, se empieza a considerar la importancia de factores psicológicos en el origen de algunas enfermedades, por lo cual, en la definición de salud, además de la idea de ausencia de enfermedad (destacada anteriormente), se agregó el estado de completo bienestar físico, mental y social. Se debe recordar aquí la definición que la Organización Mundial de la Salud estableció en su Constitución en 1946 y que entra en vigencia desde el 7 de abril de 1948, la cual hasta el momento no ha sido modificada. Desde entonces, la OMS (2023a) define a la salud como "un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades". Pero esta concepción de la salud también tuvo sus críticas, pues la salud no es un estado, no es

estable, no existen condiciones absolutas de salud y no se puede definir con claridad lo que significa bienestar.

Posteriormente, se considerará a la salud como un estado de equilibrio o de adaptación al medio. Una de las teorías que, ya desde la antigüedad, explicaban la salud como equilibrio era la de Hipócrates (¿460- 377? a.C.), para quien el cuerpo estaba compuesto por cuatro humores: la sangre, la flema, la bilis amarilla y la bilis negra; por lo que la salud consistía en el equilibrio entre dichos humores. Y otros autores consideraban la necesidad de un equilibrio con la naturaleza. Por ejemplo, Schiavone (1995, p. 30) recuerda que un escrito de la Escuela de Cos, llamado *Del aire, las aguas y los lugares*, menciona la importancia de la calidad de las aguas y destaca la influencia de los lugares y de los climas en el desarrollo del proceso salud-enfermedad. En resumen, en la antigüedad se habla de la salud como el equilibrio entre los elementos propios de la persona, pero también de un equilibrio con el contexto.

Más adelante, al subrayarse la idea de la causa orgánica de las enfermedades, se van dejando de lado las ideas de equilibrio; aunque, al considerar las causas psicológicas de la enfermedad, vuelven a surgir algunos aportes que consideran a la salud como equilibrio. Además, aparecen otros factores que intervienen en la salud y en la enfermedad (alimentación, actividad física, condiciones de vida). Por esto, la salud llega a considerarse, según Dubos (1967), como “el estado de adaptación al medio y la capacidad de funcionar en las mejores condiciones en dicho medio” (como se citó en Gavidia y Talavera, 2012). Esta idea de adaptación al medio implica una dimensión física, una dimensión mental y una dimensión social que interactúan entre sí, en una adaptación de la persona a los continuos cambios que va viviendo. En esta teoría ecológica de la enfermedad se entiende que en la misma siempre hay algo de salud y, al contrario, en la salud se da algo de la enfermedad. Por ello, la salud-enfermedad es considerada más bien como un proceso dinámico y variable, con un aspecto individual y otro colectivo, con la influencia de determinantes ambientales y genético-biológicos. Entonces, la salud hace referencia a un estado de bienestar, a la capacidad de funcionamiento y no sólo a la ausencia de enfermedad.

Después, se incluyeron los factores conductuales, para considerar a la salud como un estilo de vida, una manera de vivir en plenitud. Se trata de una visión más comportamental de la salud, donde la persona es protagonista y responsable de su estado saludable, aunque, al mismo tiempo, se requiere de las relaciones sociales del individuo que son necesarias para mejorar la calidad de vida. La persona vive con autonomía y satisfacción al enfrentar distintas situaciones de la vida, adquiriendo bienestar psíquico. La salud se

define de acuerdo a las conductas de la persona por lo que, para descubrir las enfermedades, se trata de investigar factores conductuales que actúan como factores de riesgo para contraerlas. Aquí son importantes las actitudes y los valores que posee la persona respecto a su propia salud y su capacidad de autocuidado.

Finalmente, se habla de la salud como desarrollo personal y social, teniendo en cuenta los aportes de las concepciones anteriores. En esta última visión acerca de la salud, se considera el estilo de vida de la persona y, especialmente, se destacan las acciones que podemos realizar para modificar el entorno de manera que se puedan lograr condiciones saludables, por ello, no se trata sólo de mantener un equilibrio en el propio organismo o del equilibrio con el entorno, sino también de hacer las intervenciones necesarias en nuestro contexto para que sea más saludable. Así la salud es considerada como algo relativo, de acuerdo con la persona y con el momento que cada uno vive. La salud del individuo se encuentra interrelacionada con factores ambientales, sociales y económicos.

Hasta aquí se han expuesto las ideas sobre la salud que se fueron dando en la historia siguiendo, especialmente, el estudio de Valentín Gavidia y Marta Talavera (2012).

Ahora se puede hacer referencia a lo que se entiende por salud mental, según lo expuesto por la Organización Mundial de la Salud (2023b). La OMS comienza definiendo a la salud mental con estas palabras:

“La salud mental es un estado de bienestar mental que permite a las personas hacer frente a los momentos de estrés de la vida, desarrollar todas sus habilidades, poder aprender y trabajar adecuadamente y contribuir a la mejora de su comunidad. Es parte fundamental de la salud y el bienestar que sustenta nuestras capacidades individuales y colectivas para tomar decisiones, establecer relaciones y dar forma al mundo en el que vivimos’.

La salud mental es considerada un derecho humano fundamental. Ella se da en un proceso complejo que cada persona experimenta a su modo, con distintos grados de dificultad y con sus propias manifestaciones clínicas. Las afecciones incluyen trastornos mentales, discapacidad funcional y otros estados afectivos relacionados con niveles de angustia, depresión o ansiedad que reducen el bienestar personal.

Los determinantes que ayudan o impiden la salud mental son múltiples y abarcan distintas dimensiones de la vida humana, pues hay factores psico-

lógicos, biológicos, genéticos que pueden influir, como así también la exposición a factores del contexto social, económico o ambiental pueden ser favorables o desfavorables a la salud mental de las personas.

Además de lo expresado por la OMS en relación a la salud mental, su significado en la práctica psicológica se puede presentar de un modo más concreto mostrando, por ejemplo, los aportes que, sobre la salud mental, realiza la perspectiva cognitivo- conductual. Según Eduardo Keegan (2012),

“una persona es saludable cuando puede llevar a cabo las conductas necesarias para alcanzar sus metas, viviendo de acuerdo con sus valores, más allá de la experiencia de emociones negativas en ese proceso. Esto significa que la angustia, la ira, el aburrimiento o la vergüenza no inhiben a la persona en la implementación de las acciones que pueden conducirla a eso que ha definido como su meta” (p. 53).

En esta perspectiva teórica se atiende a tres dimensiones que interactúan entre sí: lo cognitivo, lo emocional y lo conductual. Por ello, la salud está relacionada con una flexibilidad cognitiva, un adecuado foco en el presente, con un reconocimiento y buena regulación de las emociones que la persona experimenta y, al mismo tiempo, con un repertorio flexible y amplio de comportamientos para alcanzar las propias metas. La salud mental entonces, siguiendo a este autor, consiste en “contar con las habilidades y capacidades para definir objetivos valorados, así como concebir e implementar planes para alcanzarlos de modo socialmente aceptable. Esto implica la existencia de ciertas condiciones biológicas, psicológicas, interpersonales y sociales” (Keegan, 2012, p. 54).

En este recorrido histórico desde las ideas precientíficas de la antigüedad, hemos visto que se ha considerado a la salud relacionada con un estado de normalidad, de ausencia de enfermedad y de bienestar físico; o bien, la idea de salud se hallaba unida a la idea de equilibrio o armonía. Estas concepciones sobre la salud como equilibrio nos hacen pensar, al mismo tiempo, en el restablecimiento de la armonía perdida por el pecado, del cual hablarán los Padres de la Iglesia.

Por otra parte, en la evolución de las ideas científicas acerca de la salud se fueron incorporando los factores psicológicos y conductuales que repercuten en el bienestar. Se considera a la salud teniendo en cuenta factores físicos, psicológicos y sociales que se influyen recíprocamente. La salud implica también la adaptación al medio.

Al considerar los factores conductuales, la salud llegó a ser entendida como modo de vivir en plenitud, por lo cual son importantes los valores y las actitudes. También hemos mencionado que la salud puede ser comprendida como desarrollo personal y social, donde interesa no sólo la salud como estilo de vida de la persona, sino que además se consideran las mutuas interacciones de los individuos con el entorno a fin de lograr condiciones saludables de vida. Estos distintos factores que se fueron incorporando para entender el concepto de salud en el pensamiento científico podríamos verlos reflejados en los aportes de los Padres que subrayan la idea de salud como el dominio de las pasiones o el ejercicio de las virtudes, lo cual implica la dimensión psicológica de la persona. Asimismo, los Padres señalan la búsqueda de una sana interacción con Dios, con los demás seres humanos y con toda la creación.

3. LA SALUD Y LA ENFERMEDAD EN LA BIBLIA

Después de haber expuesto las distintas concepciones acerca de la salud en la historia, llegando a definir qué significa la salud en el mundo contemporáneo, en el ámbito médico- científico; y además habiendo definido la salud mental, presentando particularmente la visión que nos ofrece la psicología cognitivo- conductual; en esta parte del trabajo expondremos los aportes que se ofrecen desde la teología bíblica sobre el tema de la salud y la enfermedad.

En primer lugar, siguiendo a Juan Luis de León Azcárate (2011), se entiende que la salud en el pueblo de Israel está vinculada con la fidelidad a Yahvé y, por el contrario, la enfermedad es consecuencia de la infidelidad. En pocas palabras, De León Azcárate dice que “la alianza entre Yahvé y su pueblo es el marco de comprensión desde el que el antiguo Israel concebía la dimensión social (*sickness*) de la enfermedad y el bienestar de Israel como pueblo” (p. 71). Según este autor,

el término hebreo que la mayoría de ediciones modernas de la Biblia suele traducir por “médico” es *rophe'*, pero es mejor traducirlo por “sanador” o “curandero”, si se atienden los patrones culturales de la época. Procede de la raíz *rp'*, usada las más de veces en el sentido de “curar”, y significa originariamente zurcir, coser, unir. El término *rapha'*, con sentido de “sanar, curar”, aparece en la Torá únicamente en catorce ocasiones (Gn 20,17; 50,2 [2x]; Ex 15,26; 21,19 [2x]; Lv 13,18.37; 14,3.48; Nm 12,13; Dt 28,27.35; 32,39) (p. 75).

El texto más importante donde aparece el verbo *rophe'* es el de Ex 15,26, donde los israelitas murmuran a causa de las aguas amargas. Por primera vez Yahvé es considerado sanador. Para Israel no hay otro que pueda curar fuera de él. La fidelidad a Yahvé será la causa del bienestar, no tanto en lo individual sino en la experiencia colectiva del pueblo de Dios (p. 78-79).

Por otra parte, en los libros proféticos, es importante recordar los versículos del cuarto poema del Siervo de Yahvé (Is 53,4- 5), pues allí se relata que el Siervo cargó nuestras enfermedades y por sus heridas nos ha sanado.

En cuanto a los libros sapienciales, podemos mencionar el capítulo 38 del Eclesiástico, donde se habla del médico y del enfermo. En este capítulo, especialmente a partir del versículo 9, se presenta a Dios como aquel que sana a los enfermos. Además, el salterio, en varios salmos, nos muestra que quien sufre la enfermedad recurre a Dios para implorar su misericordia y su omnipotencia (Sal 6; 38; 41; 88; 102).

Pasando al Nuevo Testamento, en los Evangelios se muestra, en diversas ocasiones, la obra sanadora de Cristo y su relación con los enfermos. Mencionaremos aquí sólo algunos ejemplos de los textos que hacen referencia al tema. En Mt 4,23; 8,1-17, se muestra a Jesús como aquel que cura todas las enfermedades y dolencias de la gente; y en el versículo 17, el evangelista recuerda la profecía de Isaías 53,4: "Él tomó nuestras debilidades y cargó sobre sí nuestras enfermedades".

En Mc 2,17 Jesús dice: "No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos". Según Samuel Fernández (1999), éste puede ser considerado el texto clave sobre la imagen de Cristo como médico. "Los enfermos son los pecadores, los justos son los sanos. Jesús es el médico que, como Yahvé sana las faltas del pueblo" (p. 33).

Por otro lado, Rudolf Schnackenburg (1998), afirma que:

"en ningún otro evangelio se halla tan intensamente desarrollado como en Lucas el campo léxico de 'curar' (...) A Jesús se le entiende como médico que cura las dolencias físicas y las aflicciones del alma y que 'sana' al hombre entero en el sentido del término hebreo *shalom*" (p. 274).

En Lc 4,18, Jesús es el enviado para dar la vista a los ciegos. Y, en el versículo 23, dice: "Ustedes me citarán el refrán: 'Médico, cúrate a ti mismo'". Jesús, en este evangelio, realiza diversas curaciones. Por ejemplo, cura a la mujer que sufría hemorragias (8,42-48). A través de dichas curaciones, muestra la misericordia con los enfermos y los oprimidos.

En Jn 5,1- 9, la curación del paralítico revela su obra de liberación del pecado que nos da acceso a la vida eterna. Del mismo modo, la curación del ciego de nacimiento, en el capítulo 9, manifiesta que Cristo es la luz del mundo y, al mismo tiempo, se revela la gloria de Dios.

En cuanto a los Apóstoles, se debe recordar que Jesús también “les dio el poder de expulsar a los espíritus impuros y de curar cualquier enfermedad o dolencia” (Mt 10,1). En Mc 16,18, Cristo resucitado les indica a los discípulos que ellos “impondrán las manos sobre los enfermos y los curarán”. En los Hechos de los Apóstoles se relata que ellos realizan diversas curaciones milagrosas (3,1-10; 14,8-18, por ejemplo). En Hch 5,16, se relata que “la multitud acudía también de las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo enfermos o poseídos por espíritus impuros, y todos quedaban curados”.

En la 1.^a Carta de San Pablo a los Corintios (12, 9.28.30), el Apóstol menciona el don de curar. Y en 2Cor 4, 10, San Pablo explica que “siempre y a todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”.

En la Carta de Santiago (5, 14-16), se recomienda que el enfermo llame a los presbíteros para que oren por él y lo unjan con óleo. Así, el Señor lo aliviará y se le perdonarán sus pecados. Por la oración podrán ser curados.

En resumen, podemos decir que, en el Antiguo Testamento, el enfermo es el pueblo de Israel a causa de sus infidelidades, de sus pecados. Por ello, Dios es el único que puede sanarlos de sus heridas. En el Nuevo Testamento también se muestra la relación entre enfermedad y pecado, sobre todo en algunas curaciones como la del paralítico en Mc 2,1-12. Cristo es quien cura a las personas enfermas y esas curaciones manifiestan el Reino de Dios ya presente en la historia. Olegario González de Cardedal (2001) lo expresa con estas palabras:

“Jesús fue sanador de la vida humana en la forma en que entonces enfermaba o se debilitaba, con la forma correspondiente en que entonces era pensable la sanación física, la rehabilitación psicológica y el restablecimiento personal. Apareció en medio de los hombres como médico que sana a los enfermos, como quien porta nuestras enfermedades, como el que perdona sus pecados al pecador” (p. 575).

Finalmente, este don de curar es dado por Jesús a sus apóstoles, a la Iglesia naciente, que continúa su misión. Los discípulos de Cristo siguen sanando y ofreciendo la salvación a todos los que creen en Él.

4. LA SALUD Y LA SALVACIÓN EN LOS PADRES DE LA IGLESIA

En esta parte presentaremos la visión de los Padres de la Iglesia acerca de la salud y la enfermedad, con los distintos matices que fue aportando cada uno de ellos. Ciertamente, no será una exposición pormenorizada de todos los Padres de la Iglesia, sino que destacaremos algunos de ellos. Para esto, tomamos especialmente como referencia el trabajo de dos autores que hacen un estudio completo y detallado sobre la temática: Jean Claude Larchet (2014) y Fernando Rivas Rebaque (2008).

Al comenzar, se debe recordar, siguiendo lo expuesto por Sandro Spinsanti (1992) que la referencia a Cristo como médico se encuentra ya en los Padres apostólicos. Según Ignacio de Antioquía (*Eph.*, 7) “existe un solo médico, Jesucristo nuestro Señor”. Entre los Padres latinos, el tema aparece en Jerónimo, Ambrosio y Agustín. Ellos consideran que, en cuanto a la relación del médico con su paciente, en el caso de Cristo, el médico divino toma la iniciativa para encontrarse con el enfermo. Refiriéndose al sabor amargo de la medicina que se utiliza para curar, según Agustín, Cristo fue el primero en beber el cáliz amargo de la renuncia y del dolor (cf. *Sermo* 88, 7: PL 38, 543). También Agustín considera al médico como la persona que cura la naturaleza del hombre. El tema del médico se convierte en una metáfora de la redención. Los otros Padres explican la redención manifestando que el salvador realiza la curación. Dice Jerónimo: “Lo que la enfermedad y las heridas son para el cuerpo, es el pecado para el alma” (*Dial. contr. Pel.* III, 11: PL 23, 608). Ambrosio habla de la penitencia como medicina: “Vulnus medicum quaerit, medicus confessionem exigit” (*Ps* 40, 14: CSEL 64, 237: La herida busca al médico, el médico exige el reconocimiento de los pecados) (Spinsanti, 1990, pp. 1135-1136).

Antes de continuar presentando las ideas de los Padres, es necesario definir los conceptos principales que se van a tratar en los párrafos siguientes.

El concepto griego de *sotería* y el latino de *salus* significan redención, liberación, superación de un mal o de una desgracia. En hebreo no existe un equivalente para expresar estas ideas de un modo completo. La palabra más cercana sería *shalom* (bienestar, paz) y *beraka* (prosperidad, bendición) (A. Grabner-Haider (dir.), 1975, p. 1438).

Igualmente, Jean Claude Larchet indica que el verbo *sózw* (salvar) significa liberar o salvar de un peligro, pero también curar. La palabra *swthría* (salvación) designa no sólo la liberación, sino también la curación. El nombre de Jesús significa *Yahvé salva* (cf. Mt 1,21; Hech 4,12), o sea cura. Y, como lo

hemos mencionado antes (al exponer los textos bíblicos), Cristo se presentó como un médico (cf. Mt 8,16-17; 9,12; Mc 2,17; Lc 4,18.23). Lo anticiparon los profetas (cf. Is 53,5; Sal 102,3) y lo indicaron los evangelistas (cf. Mt 8,16-17). La parábola del Buen Samaritano puede considerarse una representación del Cristo médico (Larchet, 2014, pp. 8-9).

Para los Padres la salud consistía en el estado de perfección al cual el hombre está destinado por su naturaleza. Aunque el hombre es virtuoso por naturaleza, los Padres afirman que es necesaria la participación y colaboración del hombre en el plan de Dios. La mayoría de los Padres, al explicar el carácter dinámico de la adquisición de las virtudes, distingue la imagen de la semejanza. La imagen hace referencia a las posibilidades, a lo potencial de asemejarse a Dios, en tanto que la semejanza se refiere al cumplimiento de la imagen. Basilio (en las *Homilias sobre el origen del hombre*, I, 16), lo explica de este modo:

“‘Creemos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza’: poseemos una por la creación y adquirimos la otra por la voluntad. En la primera, se nos concede el nacer a imagen de Dios; por la voluntad se forma en nosotros el ser a semejanza de Dios. Lo que depende de nuestra voluntad lo posee nuestra naturaleza en potencia, pero nosotros nos lo procuramos mediante la acción (...) En efecto, por la imagen yo poseo el ser racional y me convierto en la semejanza al convertirme en cristiano” (Larchet, 2014, p. 17).

Todos los Padres presentan a Adán manteniendo relaciones de familiaridad con Dios y el Génesis lo muestra conversando diariamente con Él en el Paraíso. Según Isaías de Scete (*Asceticon*, II, 2), el hombre allí “tenía unas facultades sanas y estables, en su estado natural”. Gregorio de Nisa, en las *Homilias sobre el Padrenuestro*, (IV, 2), dice: “Antiguamente, el género humano, tal como puede concebirse, disfrutaba de salud, porque sus elementos, quiero decir los movimientos del alma, estaban equilibrados en nosotros según las leyes de la virtud”. El estado paradisiaco es un estado de salud, donde el hombre no conocía la enfermedad, tanto en el alma como en el cuerpo. Pero a causa del pecado de Adán, el hombre pierde la conciencia de su meta, se olvida de su naturaleza auténtica, de la verdadera vida y pierde la salud original (Larchet, 2014, pp. 20- 21).

Ireneo de Lyon (en *Contra los herejes*, V, 2.3.16, 2) escribe sobre la manifestación de la imagen y semejanza del hombre en Cristo:

“Que todo esto sea verdadero, quedó probado cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, haciéndose él mismo semejante al hombre y haciendo al hombre semejante a él a fin de que, por esa semejanza con el Hijo, el hombre se haga precioso para el Padre. En los tiempos antiguos, en efecto, se decía que el hombre había sido hecho según la imagen de Dios; pero no se mostraba, pues aún era invisible el Verbo, a cuya imagen el hombre había sido hecho. Por tal motivo éste fácilmente perdió la semejanza. Mas, cuando el Verbo de Dios se hizo carne (Jn 1,14), confirmó ambas cosas: mostró la imagen verdadera, haciéndose él mismo lo que era su imagen, y nos devolvió la semejanza y le dio firmeza, para hacer al hombre semejante al Padre invisible por medio del Verbo visible” (Ireneo de Lyon, 2000, p. 512).

Cirilo de Jerusalén (en la *Catequesis bautismal*, XII, 7.8), dice sobre el envío de Jesucristo como nuestro médico:

“Muy grande era la herida de la humanidad. Desde los pies hasta la cabeza nada había íntegro en ella. No había lugar ni para una gasa ni para aceite ni para unas vendas. Después, entre lamentos y fatigas, decían los profetas: ‘¿Quién traerá de Sión la salvación de Israel?’ (Sal 14,7) (...) Las heridas de los hombres son más fuertes que nuestros remedios. “Han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas (1Re 19,10). No es posible evitar el mal; para evitarlo, haces falta tú. El Señor escuchó esta súplica de los profetas: el Padre no se desentendió de nuestra estirpe en camino hacia la destrucción y envió desde el cielo a su Hijo como Señor y como médico”¹.

Por su parte, Clemente de Alejandría, en su obra *¿Qué rico se salva?* (29, 3), habla del Cristo Médico, el Buen Samaritano, con estas palabras:

“Pero, ¿qué otro puede ser ese [samaritano] fuera del Salvador mismo? ¿O quién, sino Él, ha tenido más piedad (= misericordia) de nosotros, que hemos estado a punto de ser matados por los dominadores del mundo de las tinieblas (cf. Ef 6,12) con muchas heridas, temores, concupiscencias, iras, tristezas, engaños (y) placeres?”².

Carlos A. Rosas Jiménez (2018) presenta, en un artículo referido al médico espiritual, los aportes de Juan Clímaco. Sobre el tema que se viene tratando, Juan Clímaco (2016) dice, en la *Santa Escala* que “sin la ayuda de un médico

¹ CIRILO DE JERUSALÉN, en https://mercaba.org/TESORO/CIRILO_J/Cirilo_14.htm

² CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, en <http://www.abadialostoldos.org/patristica/obras-padres-iglesia-271>

sabio pocos sanan" (IV, 77). Por esto, "es mejor que el hijo esté junto al padre [espiritual] para luchar, con su ayuda y la gracia divina, contra las predisposiciones malignas" (IV, 81). "Privar al discípulo de esta providencia es como privar al ciego de guía, a la manada del pastor, al niño de la asistencia de su padre, al enfermo de su médico y al navío de su piloto" (IV, 82). El padre espiritual es quien acompaña al enfermo teniendo en cuenta su personalidad, su situación concreta y particular y sus disposiciones. Por esto, Juan Clímaco aconseja, en la *Carta al Pastor*, que el padre espiritual tiene que ir adaptando sus remedios al enfermo ya que

"no conviene que el guía diga a todos que el camino es estrecho ni que el yugo es dulce y la carga, ligera. Mejor, debe observar y adaptar los remedios de manera apropiada. Así, conviene que diga lo segundo a los que están agobiados por el peso de sus pecados y llevados a la desesperación; por el contrario, para los que se inclinan a los pensamientos de orgullo, lo primero es un remedio conveniente" (37).

Por su parte, Orígenes tiene en sus obras muchas referencias a la enfermedad y al proceso de curación. Él muestra a Dios como médico de Israel en el Antiguo Testamento, y a Jesús lo llama "médico supremo". Sin detenernos a analizar todo su pensamiento sobre la temática, estudiado en profundidad por Samuel Fernández (1999), podemos aquí recordar un párrafo de los escritos de Orígenes (en *Ps. Hom.* 37, I, 1):

"[Dios] también entregó la actividad de aquella medicina cuyo Médico supremo (*archiater*) es el Salvador, que dice refiriéndose a sí mismo: "No tienen necesidad del médico los sanos, sino los enfermos". Él era el Médico supremo (*archiater*) que podía curar toda enfermedad o dolencia; pero también sus discípulos, Pedro o Pablo, e incluso los profetas son médicos, y todos aquellos que después de los apóstoles han sido establecidos en la Iglesia" (Fernández, 1999, p. 223).

Es importante tener en cuenta aquí los aportes de Evagrio Póntico al tema de la salud y la enfermedad. Según Santiago H. Vázquez (2018), en Evagrio se da una concepción profundamente espiritual de la enfermedad. Él tiene en cuenta un *nous* encarnado; el hombre caído, alejado de su fin natural vive, en consecuencia, procesos de distorsión cognitiva y de desequilibrios pasionales, por lo que sus facultades son orientadas hacia fines para los que no fueron creadas por el Creador. Aunque no se presenta en la obra de Evagrio una definición concreta de enfermedad, se puede decir que las pasiones serían las enfermedades del alma, entendidas éstas como movimientos de la parte pasional contrarios a la naturaleza; por otra parte, la salud sería la *apatheia*

“salud del alma” (ὕγείαν ψυχῆς), “en cuanto constituye el estado por el que la parte pasional, orientada habitualmente de modo *katà phýsin*, no gravita negativamente —sino al contrario— en la labor contemplativa” (Vázquez, 2018, p. 328). En Evagrio, la ignorancia es fundamentalmente la enfermedad del alma, primer paso de todas las perturbaciones que se desencadenan como desórdenes contrarios a la propia naturaleza. Otro desencadenante de la enfermedad es el amor de sí, la *filautía*, que, a su vez, es origen de todos los pensamientos, los *logismoi*, la actividad cognitiva que se realiza en el alma enferma. Se puede percibir una caracterización evagriana de los *logismoi* en el *Tratado Práctico* (4):

“Lo que uno ama, eso mismo desea apasionadamente, y lo que desea, lucha también para obtenerlo. Todo placer empieza por el deseo, y el deseo lo engendra la sensación, ya que lo que está privado de sensación también está exento de pasión” (Evagrio Póntico, 1995, p. 137).

Para resumir la concepción evagriana relacionada con la salud y la enfermedad podemos recordar un párrafo del *Tratado Práctico* (6), donde se refiere a los ocho pensamientos que originan todos los vicios:

“Ocho son, en suma, los pensamientos que engendran todo vicio: en ellos se contiene cualquier otro pensamiento: el primero es el de la gula, y tras él, el de la fornicación; el tercero es el de la avaricia; el cuarto, el de la tristeza; el quinto es el de la cólera; el sexto, el de la acedia; el séptimo es el de la vanagloria y el octavo, el del orgullo. Ahora bien, que todos estos pensamientos turben el alma o no la turben, no depende de nosotros, pero que se detengan, o que exciten las pasiones o no las exciten, de nosotros depende” (Evagrio Póntico, p. 138).

Por último, en esta revisión de los Padres de la Iglesia, continuamos ahora con las reflexiones de Agustín de Hipona, según Donald X. Burt OSA (2001, pp. 1168- 1170). Para este Padre la salud (*sanitas, salus*) se identifica con la unidad. La enfermedad (*aegritudo*), física o espiritual, es una ausencia de esa unidad. Por lo tanto:

“Hay salud del cuerpo, cuando existe un orden equilibrado entre las partes del cuerpo. Hay salud del alma, cuando hay correspondencia entre sus decisiones y sus bienes naturales. Un hombre sano es una persona que tiene una vida bien ordenada con el debido equilibrio entre el cuerpo y el alma” (*Civ. Dei* 19. 13. 1) (p. 1168).

Agustín creía que algunas cosas malas de la vida tienen dos orígenes: la enfermedad corporal y las ilusiones engañosas del alma (*en. Ps.* 37.5). Quizás el peor engaño es la convicción de que cualquier victoria sobre la debilidad es una realización personal (*civ. Dei* 22. 23). Eso es una señal de que uno está movido por el orgullo, enfermedad por la que los hombres se hinchan tanto con su propia importancia que les resulta imposible entrar por la puerta estrecha que lleva al cielo (*s.* 142. 5). La consecuencia de tal orgullo es la irreversible separación de Dios, el único bien que da al hombre la felicidad completa (*civ. Dei* 12, 1. 2) (Burt, 2001, p. 1170).

Aceptando la propia imperfección, la persona puede comenzar el proceso de eliminación de los dos obstáculos que se oponen a la salud eterna: el orgullo y el amor desordenado a las cosas temporales. La humildad es el remedio que cura el orgullo: una humildad que reconoce que todos necesitan la ayuda del médico divino, Jesucristo, y que el mérito de todos los logros en la salud hay que atribuirlo al médico, y no al paciente (*s.* 142. 5. 5). También Agustín (*en lo. ev. tr.* 41. 13. 2), considera que todos los sufrimientos son curados por el divino Buen Samaritano:

“Maltrechos, roguemos al Médico, seamos llevados a la posada para ser curados. Quien, en efecto, ha prometido la salud es el que se compadeció del dejado medio vivo en el camino por los bandoleros; derramó aceite y vino, curó las heridas, lo levantó hasta el jumento, lo condujo a la posada, lo encomendó al posadero”³.

Para finalizar este recorrido sobre el pensamiento de los Padres, se puede recordar el *Sermón 176* de Agustín, que tiene como tema central: “Jesús viene a salvar y a curar a los leprosos”. En el párrafo 5 dice:

“No perdáis, pues, la esperanza. Si estáis enfermos, acercaos a Él y recibid la curación; si estáis ciegos, acercaos a Él y sed iluminados. Los que estáis sanos, dadle gracias, y los que estáis enfermos corred a Él para que os sane; decid todos: Venid, adorémosle, postrémonos ante Él y lloremos en presencia del Señor, que nos hizo no sólo hombres, sino también hombres salvados” (Agustín de Hipona, 1983, p. 722).

³ AGUSTÍN DE HIPONA, en https://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm

5. SOBRE LA TERAPIA Y LA CURACIÓN DE LAS ENFERMEDADES EN LOS PADRES DE LA IGLESIA

Teniendo en cuenta la unidad entre lo corporal y lo espiritual, los Padres consideran como terapia general la conversión, el cambio de orientación de nuestra vida; mediante el ejercicio de las virtudes las potencias y las facultades del ser humano son reorientadas hacia el fin para el que fueron creadas. Ciertamente, no se trata de un trabajo solamente del hombre, sino que la conversión es, al mismo tiempo, motivada por la gracia de Dios, particularmente, por medio de la oración, la cual tiene sus efectos terapéuticos fortaleciendo al hombre y protegiéndolo contra las tentaciones y enfermedades. Según Juan Crisóstomo (*Homilias contra los anomeos*, VII, 7), “la oración es la guardiana de la salud” (Citado en Larchet, 2014, p. 336).

Cuando el hombre vence las pasiones restableciendo las virtudes logra entonces la impassibilidad, la *apatheia*, que, como dice Larchet (p. 619) “no debe considerarse sólo, conforme a su sentido etimológico, como un estado del alma en el que está exenta de toda pasión, sino también como el estado que se deriva de la posesión de todas las virtudes”. Sin embargo, la impassibilidad es considerada como fuente de conocimiento de Dios de modo indirecto, pues la caridad es el verdadero término. Como indica Rivas Rebaque (2008, p. 243), “la caridad nos permite recuperar nuestra sanidad integral, de modo que volvemos a manifestar de nuevo y plenamente la imagen divina sobre la que hemos sido creados”.

Finalmente, se llega al conocimiento y a la contemplación espiritual, por medio del cual la inteligencia recupera la salud, retomando su función original que es conocer y contemplar a Dios en las creaturas y a las creaturas en Dios.

En lo que se ha expuesto hasta aquí sobre el pensamiento de los Padres en cuanto a la salud, la enfermedad y la curación, se ve reflejado el doble movimiento que supone el misterio salvífico de Cristo, descendente y ascendente: Jesucristo y su Espíritu como don de Dios, como gracia dada a los hombres y, al mismo tiempo, la respuesta de Jesús al Padre en nombre de los hombres. Los Padres destacan la donación del Espíritu y recuerdan que Dios nos creó para hacernos partícipes de su vida. En el proceso de conversión/ sanación del hombre se percibe que:

“la obra salvífica de Cristo está dirigida a restaurar la imagen dañada y donarle el espíritu de filiación. Precisamente, en su *mediación* salvífica, su identidad ontológica de Dios-hombre (...) está al servicio de su misión so-

teriológica, a saber, la restauración de la comunión del hombre con Dios” (Espezel, 2008, p. 288).

6. CONCLUSIÓN

En la primera parte de este trabajo hemos visto que la concepción de la salud, desde la perspectiva científica, pasó de destacar la dimensión física de la enfermedad a una visión que fue incorporando las otras dimensiones de la vida del ser humano. La salud-enfermedad es un proceso que incluye factores individuales (biológicos, genéticos) y otros factores sociales, ambientales. La salud se considera también como un estilo de vida, como el modo de vivir en plenitud y lograr el desarrollo personal y social. Más específicamente, desde lo psicológico la salud consiste en alcanzar el bienestar mental por medio de un adecuado manejo de sus pensamientos, emociones y conductas. Las personas, movidas por sus valores, con aceptación de los sufrimientos que no pueden modificar y cambiando aquello que sí se puede, tratan de mantener un equilibrio consigo mismas y con el ambiente que las rodea.

Este mismo equilibrio que se busca en la conceptualización científica de la salud, es el que puede encontrarse traducido en las reflexiones de los Padres, para quienes la salud perdida por el pecado y recobrada por las virtudes, es la recuperación de la imagen original del hombre. La enfermedad provocada, en sus orígenes, a través de los pensamientos, es tratada y sanada por la gracia de Dios, en la oración y los sacramentos, y por la colaboración del hombre que reorienta sus potencias hacia Dios, de modo que pueda conocerlo y contemplarlo. Así, el ser humano recobra el equilibrio y la armonía, rota por el pecado, en su propia persona, con las demás creaturas y con el Creador.

Considerando tanto los textos bíblicos que se refieren a las curaciones de los enfermos y oprimidos, como también los pensamientos de los Padres, observamos que Jesucristo viene a liberar al ser humano de todos los males que padece, y lo hace teniendo en cuenta todas las dimensiones de la persona. Ésta es la principal contribución y el punto de encuentro que puede ofrecer la teología a la ciencia, para que seamos capaces, como seres humanos, de encontrarnos con quien sufre para comunicar la Buena Noticia de la salvación que es también salud integral para toda persona.

Aquí son oportunas las palabras de Olegario González de Cardedal (2001):

“La potencia de ‘sanador-curador-médico’ propia de Jesús se extendía entonces y se sigue extendiendo hoy desde la curación de los dolores físicos a las dolencias morales y a los pecados, ya que todo afecta al mismo sujeto, angustiándolo y anulándolo. La acción de Jesús fue vista en unidad integradora como manifestación de la sanación (Heilung) y del perfeccionamiento (Heil), de la benignidad (χρηστοτης) y de la filantropía (φιλανθρωπία) salvadoras de nuestro Dios (Ef 2,7; Tit 3,4). Desde ese anclaje en toda la realidad personal hay que entender el título de σωτηρ = Salvador, dado a Cristo, y la σωτηρία (= salvación), que él ofrece” (Lc 2,11; Jn 4,42; Tit 2,11; 3,4) (p. 575).

En conclusión, Cristo es para los Padres el único y verdadero Médico que nos ha sanado y salvado, gracias al misterio de la redención, por su pasión, muerte y resurrección. Por ello, podemos finalizar recordando las palabras de Máximo el Confesor (en *Centurias sobre la teología y la economía*, III, 14):

“El que creó al hombre... se hizo Él mismo pasión, para curar nuestras pasiones por medio de su pasión. Borrando así en la carne nuestras pasiones más allá de toda medida, en su amor al hombre renueva nuestras facultades en el Espíritu” (Larchet, 2014, p. 266).

Referencias

- AGUSTÍN DE HIPONA (1983), *Obras completas de San Agustín. XXIII*, Madrid, BAC.
- AGUSTÍN DE HIPONA (s.f.), *Comentarios a San Juan. Tratado 41, 13*. https://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm
- BURT, D. X., OSA. (1992). “Salud, enfermedad”, en FITZGERALD, A. D., OSA (dir.), *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo, 1167-1172*, Editorial Monte Carmelo.
- CIRILO DE JERUSALÉN (s.f.), *Catequesis bautismal*. https://mercaba.org/TESORO/CIRILO_J/Cirilo_14.htm
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (s.f.), *¿Qué rico se salva?* <http://www.abadialostoldos.org/patristica/obras-padres-iglesia-271>
- JUAN CLÍMACO (2016), *La Santa Escala*, Buenos Aires – México, Lumen.
- DE LEÓN AZCÁRATE, J. L. (2011), “«Yo soy Yahvé, el que te sana» (Ex 15,26): enfermedad y salud en la Torá”, *Theologica Xaveriana*, 61 (171), 65-96. <http://www.scielo.org.co/pdf/thxa/v61n171/v61n171a03.pdf>

- ESPEZEL, A. (2008), *Cristología. Vida, Pascua y Salvación*, Buenos Aires, San Benito.
- EVAGRIO PÓNTICO (1995), *Obras espirituales*, Madrid, Ciudad Nueva.
- FERNÁNDEZ, S. (1999), "Cristo médico según Orígenes. La actividad médica como metáfora de la acción divina", *Studia Ephemeridis Augustinianum*, 64.
- FRANCISCO (2016). *Discurso a una representación de médicos españoles y latinoamericanos*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/june/documents/papa-francesco_20160609_ordini-medici-spagna-america-latina.html
- GAVIDIA, V., y TALAVERA, M. (2012), "La construcción del concepto de salud", en *Didáctica de las ciencias experimentales y sociales*, 26, 161-175. DOI: <https://doi.org/10.7203/dces.26.1935>
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. (2001), *Cristología*, Madrid, BAC.
- GRABNER-HAIDER, A. (1975), *Vocabulario práctico de la Biblia*, Barcelona, Herder.
- IRENEO DE LYON (2000), *Contra los herejes. Exposición y refutación de la falsa gnosis*, México D.F., Conferencia del Episcopado Mexicano.
- KEEGAN, E. (2012), "La Salud Mental en la perspectiva cognitivo-conductual", *Vertex*, XXIII, 52-56. https://www.researchgate.net/publication/342396984_La_Salud_Mental_en_la_perspectiva_cognitivo-conductual
- LARCHET, J. C. (2014), *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, Salamanca, Sígueme.
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD (2023a), ¿Cómo define la OMS la salud? <https://www.who.int/es/about/frequently-asked-questions#:~:text=%C2%BFC%C3%B3mo%20define%20la%20OMS%20la,ausencia%20de%20afecciones%20o%20enfermedades%C2%BB>.
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD (2023b), Salud mental: fortalecer nuestra respuesta. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/mental-health-strengthening-our-response>
- RIVAS REBAQUE, F. (2008), *Terapia de las enfermedades espirituales en los Padres de la Iglesia* (3.ª ed.). Madrid, San Pablo.
- ROSAS JIMÉNEZ, C. A. (2018). "El médico espiritual: Aportes de San Juan Clímaco para una Iglesia en salida", *ETIAM Revista Agustiniana de Pensamiento*, XII (13), 107-128. https://www.academia.edu/38919717/El_m%C3%A9dico_espiritual_Aportes_de_San_Juan_Cl%C3%ADmaco_para_una_Iglesia_en_salida_The_spiritual_medic_contributions_of_Saint_John_Climacus_for_a_Church_that_goes_forth_
- SCHIAVONE, M. A. (1995). "La medicina en Grecia y Roma", en: LIZARRAGA, A. A., y LEMUS, J. D. (eds.), *Introducción a la salud pública 2*, 25- 35, Universidad

del Salvador, Facultad de Medicina. <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/atencion-primaria-salud-schiavone.pdf>

- SCHNACKENBURG, R. (1998), *La persona de Jesucristo. Reflejada en los cuatro Evangelios*, Barcelona, Herder.
- SPINSANTI, S. (1992). "Medicina", en CAMPAGNONI, F., PIANA, G., PRIVITERA, S., y VIDAL, M. (dirs.), *Nuevo diccionario de Teología Moral*, 1131-1145, Ediciones Paulinas.
- VÁZQUEZ, S. H. (2018), "La enfermedad del alma en el filósofo tardoantiguo Evagrio Póntico: entre ignorancia y filautía", *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 35 (2), 323-343. DOI: <http://dx.doi.org/10.5209/ASHF.59657>